

Entrevista con José Balza

Isidro Hernández Gutiérrez

En algún lugar de sus escritos críticos Salvador Garmendia se refería a José Balza como «el más completo de nuestros narradores [venezolanos]». En efecto, José Balza (Delta del Orinoco, Venezuela, 1939) es ensayista, profesor en la Universidad Central de Venezuela, así como en las de California, Buenos Aires, Salamanca y la Autónoma de México, cuentista y novelista, y como tal ha publicado un considerable número de obras de gran relevancia para las letras hispanoamericanas de la segunda mitad del siglo XX. Entre sus novelas destacan *Marzo anterior* (1965), *Largo* (1968), *Setecientas palmeras plantadas en el mismo lugar* (1974), *D* (1977), *Percusión* (1982), *Medianoche en video: 1/5*, (1988), y *Después Caracas* (1995). Entre sus relatos destacan: *Ejercicios narrativos* (1967), *Ejercicios narrativos. Selección* (1976), *La mujer de espaldas* (1985), *Ejercicios narrativos. Antología* (1992), *La mujer porosa* (1996), y *La mujer de la roca (ejercicios narrativos)* (1997). Además, es autor de libros sobre teoría de la narrativa, literatura colonial, pintura, cine, televisión y música popular.

José Balza ha recibido hasta ahora el Premio de Narrativa del Consejo Nacional de Cultura, CONAC, Caracas, 1997, además del Premio Nacional de Literatura, Venezuela, 1991.

—*En primer lugar, quisiera pedirle que hiciera un esfuerzo retrospectivo: que me hablara del comienzo de su trayectoria personal con la escritura; que intentara clarificar para los lectores del viejo continente cómo le fue posible a un niño nacido en medio de la exuberancia del paisaje venezolano caer atrapado en las redes de la letra escrita; que situara el momento en que se produce su encuentro con el arte, la reflexión crítica y el ejercicio narrativo, actividades todas que usted practica.*

—*Como bien indica, tuve el privilegio de nacer en un sitio maravilloso inserto en la selva. El Delta del Orinoco ha cambiado, por supuesto, pero en aquel entonces era, en verdad, una selva pura atravesada por inmensos pastos y ríos. La vida se sentía desde una gran soledad, porque allí habitaba y habita —eso no ha cambiado— muy poca gente. Es el privilegio de una naturaleza desorbitada, bella, de riqueza extraordinaria. El río es inmenso:*

en algún momento el Orinoco tiene 22 kilómetros de anchura y son tres mil los que abarca su extensión total, así que es una cosa descomunal, pero para los ojos de un niño que nace allí, en las orillas de esa desmesura, se convierte en algo natural. Yo, sin embargo, le tuve miedo porque una vez que intenté nadar en él, con apenas siete u ocho años, la fuerza del río me llevó a lo profundo, momento en que me creí muerto. Felizmente, alguien me salvó, y desde ese momento ya no le temí. El río se convierte en esa experiencia de muerte y vida que siempre me ha acompañado. La otra experiencia es la selva, tan profusa de árboles, de hojas que en el fondo son como una escritura indescifrable. Todavía hoy el movimiento del viento me parece que está escribiendo algo, que algo intenta decirnos. Es tal vez este exceso de la naturaleza lo que me hizo leer desde una edad muy temprana. Al borde del río, en esa población mínima en la que había apenas tres personas que tenían libros, empecé a leer. A los once años llegó la luz eléctrica; aún recuerdo la voz de aquellas emisiones que radiaban aventuras y radionovelas. Termina la infancia así, con un desaforado deseo de leer que aún conservo y el comienzo de una leve escritura. A los diecisiete años tomé conciencia de que aquel espacio podría condenarme, que mi futuro podría reducirse a permanecer, casarme y acaso dedicarme a la agricultura o la ganadería. Por eso partí hacia Caracas e ingresé en la Universidad. Hasta entonces había escrito seis novelas –gordas, tradicionales, aburridas, históricas–, y allí, con los diecinueve años, leo a Kafka, Joyce... descubriéndome otra faz del mundo, porque mis lecturas habían sido otras, Dickens, Gallegos, etc. Entonces se produce un fenómeno insólito para mí: el encuentro –o tropiezo– con otra persona que también escribía, en cierta forma, un espejo en el que me reflejaba. Comenzamos a reunirnos y elaborar las primeras revistas, ésas que uno siempre está haciendo y que parece siempre recomenzar. Fue una hermosa fase literaria. Junto a esta experiencia de juventud, recuerdo otra muy anterior, en el Delta, en la desembocadura hacia el atlántico que lleva a la isla de Trinidad, que me produjo igual extrañeza, y que acaso tenga que ver con cierta memoria primera de las palabras. Recuerdo que escuché dos idiomas totalmente nuevos para mí: uno de ellos fue el warao, y comencé a aprender algunas palabras. Luego, vinieron otras gentes de Trinidad y se escuchaba el inglés. Por cierto, también llegó, a través del Atlántico un sabor muy especial que se comía con azúcar: era el gofio. Se me quedó en la memoria aquel sabor y muchos años después supe que era gofio. Como en las novelas de Joyce, lo importante era recordar el sabor.

—Podemos aprovechar esta coyuntura de la rememoración para situar convenientemente algunos textos ensayísticos suyos que intentaban esbo-

zar una geografía escritural específica para Hispanoamérica, un proyecto de indagación en la tradición de los autores y las obras de ese territorio tan rico como heterogéneo desde la época colonial.

—A partir de 1957, cuando llego a Caracas, descubro una literatura universal, pero también descubro una literatura del país, e incluso una literatura del continente. Eso me interesó mucho y me sorprendió. No me agradó literariamente, porque prefería el torrente de autores como Rimbaud, Huidobro o la luminosidad de Saint-John Perse. Poco a poco comencé a descubrir autores venezolanos singulares, como Guillermo Meneses, un novelista *azarístico*, un novelista de lo que se borra y se tacha, o la obra —brevísima pero gratificante— de Julio Garmendia. Ahora mismo recuerdo «El relato ficticio», un relato sobre lo que debe ser el cuento frente a las novelas infinitas y realistas; resulta curioso que Garmendia, desde los años veinte, adelanta muchos de los usos practicados posteriormente por Cortázar, Arlt o Monterroso. En fin, me entrego a investigar los senderos abiertos por autores venezolanos. Me ocupo de la obra de Ramos Sucre, un poeta incesante e inagotable, cada vez más sorprendente, y sólo más tarde, ya en la época de los ochenta, me doy cuenta del vacío, de la ignorancia que predomina en relación al saber de nuestra literatura anterior. ¿Cómo se podría producir una galaxia de autores en Venezuela, en América Latina desconociéndose el pasado? Así comencé una fructífera indagación, deteniéndome no tanto a descubrir las cuestiones políticas o religiosas de la literatura colonial, sino a detectar su sensibilidad y planteamientos metaliterarios. Caigo en la cuenta, entonces, de que a finales del quinientos, y durante el seiscientos y el setecientos, tenemos una literatura colonial muy intuitiva, pero asimismo rigurosa y racionalmente estructurada. Me sorprenden el Lunarejo en el Perú, hacia 1600, Sigüenza y Góngora en México, Sor Juana, Rodríguez Freinde en Santa Fe de Bogotá, Herrera y Ascario en Valencia (Venezuela)... en fin, todo el siglo XVII me sorprende, el poder de su literatura penetrando en el abismo teórico casi como si fuera la época actual. Junto a Hernán Rodríguez Camargo, en Santa Fe de Bogotá, debe añadirse a un sacerdote absolutamente fuera de serie, fray Juan Antonio de Navarrete (1749-1814), en Venezuela. Este franciscano fue bibliotecario de su convento; se dedicaba a limpiar, ordenar y llevar al día los préstamos, y muy pronto se encarga de renovar sus fondos, con la adquisición de nuevos libros. A medida que va comprándolos, va trasladando una gran parte de éstos a su celda y se convierte en una especie de sacerdote erudito que conoce gran cantidad de libros en varios idiomas. Lo más importante es que, en un momento dado, comienza a escribir sobre su experiencia

lectora y llega a afirmar aquello de «quémese todo lo que he escrito», como luego haría Kafka. En esto había comenzado la Guerra de Independencia, y se ve en la obligación de huir de Caracas. Muere en la emigración. Si nos adentramos en el fondo de la obra de estos autores, observamos que muchos –salvando algunas cuestiones– podrían ser, por muchas causas comunes, nuestros contemporáneos. Aquel tiempo de la Colonia me ayudó a entender mejor nuestra época y su literatura.

—*Esto nos llevaría a citar aquellas palabras de Guillermo de Torre, según las cuales la tradición y la vanguardia son las pulsiones –contrarias y complementarias– de sístole y diástole de un único corazón. En este sentido, me gustaría, preguntarle por esa otra influencia en su obra, la de los narradores europeos del siglo XX –Joyce, Kafka o Proust– que, entre otras cosas, han hecho uso de un arte bergsoniano de la memoria, y de los que se aprecia una huella significativa en los «ejercicios» narrativos de José Balza.*

—Lo que señala tiene que ver con la palabra *ejercicios* que he utilizado para designar mi escritura, ya sea ensayo, cuento o novela, porque así es que rindo tributo a todos los escritores amados, al tiempo que sitúo mi perspectiva respecto a ellos –a la manera de una cámara cinematográfica– así como la manera en la que el relato se va a concebir. De tal forma que uno puede iluminar algo para que otra cosa quede en penumbra, o mirar frontalmente como hace Joyce, o saber que la memoria es infinita, tal y como nos insinúa Proust. De cada uno de ellos he tomado alguna enseñanza, acercándome, imitándolos en el sentido clásico del término y, finalmente, liberándome de toda esa energía para intentar encontrar un lenguaje y una técnica de escritura personal. Es, en efecto, un proceso complejo, no siempre racional; se produce por impulsos, por senderos que se bifurcan en la mente. Como un soplo que llega sin saber de dónde y que luego descubre su procedencia. Matisse decía «nunca le he tenido miedo a las influencias». Lo curioso es que cuando comencé a publicar, en 1960, muchos me criticaron porque –decían– copiaba a Kafka o Cervantes; a mí eso, lejos del escarnio, me parecía un elogio. Sin embargo, los que hoy leen aquellos mismos textos –lamentablemente– ya no aprecian eso.

—*¿Y el nouveau roman?*

—Fue una enseñanza metodológica más, así como la carrera de psicología me sirvió para ensanchar mi mente hacia itinerarios teóricos y de pen-